

## ¿POR QUÉ NO HABLAMOS TODOS DE MARION?

mayeto.

1. m. Cádiz. Viñador de escaso caudal.

*Diccionario de Uso del Español*

*María Moliner*



Lo llamábamos *Il Viudo* y era detective. Todo venía por su gusto obsesivo por las películas neorrealistas y por su manía de llevarse a la niña a los «paseos». ¿Qué cosa puede haber menos sospechosa que un hombre con un carrito de bebé, por sofisticado que sea, el hombre o el carrito? Es una imagen que provoca empatía automática. Porque lo aparentemente chocante en conjunto nunca es extraño. Lo que llama la atención siempre son los detalles.

El problema de *Il Viudo* era su «afección por la bebida». Desde que tenía hija se había moderado, pero aun así se seguía perdiendo en los interminables regresos a casa.

De este modo, más de un día salía pertrechado con su carrito y sus gafas de viudo italiano a acometer los paseos acompañado de una casi impracticable resaca. Casi siempre eran absurdas vigilancias a hombres o mujeres que se habían salido del camino que su biografía había trazado hasta el momento. Gente con detalles sospechosos que, de pronto, hacía saltar una ficha en la partida que jugaba con sus conocidos.

Vivo en una ciudad muy al sur donde el *Non* y la *Fiction* se entrelazan tan naturalmente como para hacerme mirar con perplejidad el hecho de que la iniciativa de un profesor de crear un seminario de No Ficción prosperase en un aburrido claustro de la Facultad de Filología. Me matriculé.

Lo más parecido que conocía a la No Ficción y lo más susceptible de ser relatado era mi conocimiento de *Il Viudo*.

*Il Viudo* —no puedo revelar su verdadero nombre— era un antiguo amigo de mi novio. Vivo en una ciudad pequeña y si sigo

dando datos más de una treintena de personas empezarán a atar cabos y construir una crónica de verdadera ficción sobre el hecho de que se haya por fin desvelado la profesión de Il Viudo.

Le pedí permiso a Il Viudo para convertirme en su sombra. Seguir a un detective me parecía suficientemente irreal como para conformar una crónica. Me habló de un par de casos para que eligiese. El primero era el de un tipo que había perdido un dedo al acercarse a una atracción de feria. Su anillo se había enganchado en la sillita con forma de mariquita en la que daba vueltas su niña y se había llevado con su siguiente vuelta la falange de su cliente. Il Viudo estaba investigando si el propietario de «los cacharritos» cumplía las normas de seguridad. Il Viudo lo había seguido por toda la provincia y lo haría por todo el país si su cliente seguía contratándolo.

Según me lo contaba —por cierto, no sé si estoy violando el secreto profesional de Il Viudo—, me retorcí de la risa, porque además Il Viudo tiene la cualidad de ser un tipo particularmente gracioso a la hora de contar las historias. Cualidad muy notable pero no poco común por esta parte del mapa.

Pero me quedé con el segundo caso. El de una auxiliar administrativo de una inmobiliaria que había hecho desaparecer la señal que un mayeto había entregado por la compra de una parcela en la ensenada de Bolonia.

La inmobiliaria estaba en Vejer y el mayeto era de Barbate.

La administrativa era rubia y la llamaremos Marion. Estaba desaparecida desde horas después del cierre habitual de la inmobiliaria, el día en que el mayeto llevó en efectivo una considerable suma. Marion contaba con el favor de su jefe, así que la dejó que se ocupara sola de hacer el ingreso en el banco la mañana siguiente. Pero Marion nunca volvió a su trabajo.

Su hermana mayor había contratado los servicios de Il Viudo. Según los datos que la hermana proporcionó a Il Viudo, Marion siempre hablaba de dejar el «maldito sur». Según su teoría, ha-

bía cruzado impunemente la península hasta llegar a Barcelona, donde vivía Craig, un americano del que llevaba unos años enamorada. Vicenta, la hermana de Marion, habló de Craig en estos términos: «Es un muchacho muy americano. Es muy simpático pero siempre creo que le falta un hervor, que le ha pasado algo en el camino entre Barajas y Vejer. Suda mucho pero no huele mal. Marion y él se conocieron en Los Caños, él se quedaba en el Camping Camaleón».

Para ir en tren del Sur a Barcelona hay que agarrar el *Federico García Lorca*. Vicenta conoce bien ese tren. Desde que ella y su familia dejaron Terrassa para volver a Cádiz en 1982, lo ha probado muchas veces. Es un tren imposible, eterno, indeseable. Vicenta cree que su hermana lo cogió para llegar hasta Barcelona. La llamó desde Granada la última vez que habló con ella.

Ahora yo lo tengo que tomar para lo de la *Non Fiction*, para seguir a Il Viudo. Nos llevamos a la niña. Somos una joven parejita.

El *García Lorca* es incómodo y aburrido. Se repite en su incomodidad. Craig lo sabía, pero no le quedaban los sesenta euros del vuelo más barato que había encontrado en la red. El *García Lorca* no es barato, aunque es posible sacar un asiento Barcelona-Castellón —veintidós euros— y continuar de extranjis por lo menos hasta Almería. En Villaricos el interventor lo echó a patadas.

Así que antes de enfilarse el Levante, una llamada de Vicenta nos ordenó que interrumpiéramos el viaje. Craig la había llamado preguntando por Marion y le había contado su desalojo del tren.

Recogimos a Craig en la estación de Villaricos. Le dimos de desayunar en el pueblo. Alquilamos un coche en Almería y nos entendimos por señas.

El pacto era que lo acercábamos hasta el motel de las afueras de la ciudad de Granada donde había quedado en encontrarse con Marion.

Se le daba bien la niña. Pudimos comprobar que el aserto de Vicenta era cierto. Sudaba a chorros pero exhalaba ese olor aséptico que expela la gente bien criada venida a menos voluntariamente. Llevaba una especie de bandurria turca con la que durmió a la niña antes de llegar a El Ejido, al son de *Maruzzella*, la canción de Renato Carosone.

En la entrada de Granada le pedimos que cambiara de tema. *Maruzzella Maruzzè, t'he miso dint'a llucchie, 'o mare...* fue su única respuesta. Debía de ser el único tema que se sabía. O quizá lo único que sabía decir en cualquier lengua romance. Cuando Craig desapareció en el vestíbulo del motel, Il Viudo reclinó el asiento con intención de imitar a su hija. «Ahora, a esperar a que salga con Marion. Si aparece, me sacudes».

No esperaba que este tipo de imponderables formaran parte de la vida profesional de Il Viudo. El glamour del oficio se me deshizo como un polo tirado en el arcén de una gasolinera.

Todos los datos que recogí en aquella travesía han servido para hacer esta crónica. Si quieren saber cómo acabó nuestra historia, tendrán que esperar a que el Departamento de Literatura Inglesa de la Facultad de Filología apruebe y abra la matrícula del segundo seminario de *Non Fiction*.

O buscar en la hemeroteca virtual. Entradas: Marion, Robo, Motel. Hagan la prueba.